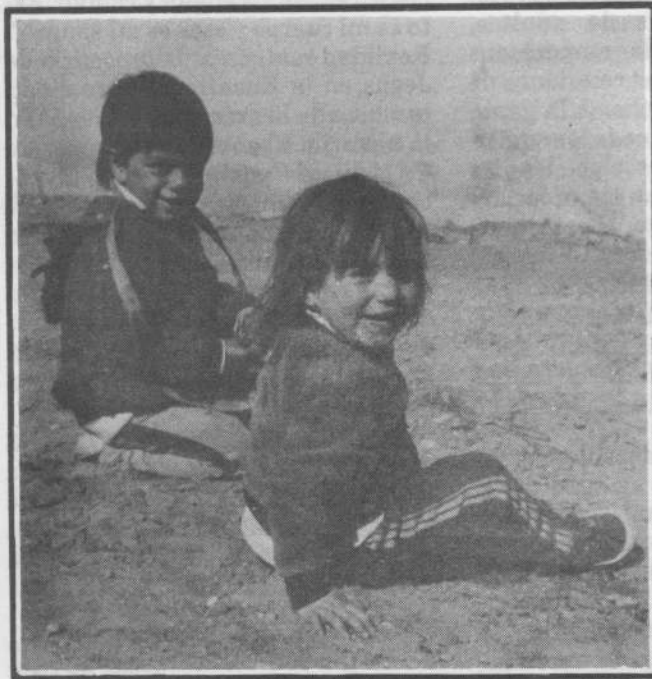


# EXIGENCIA DEL AMOR FRATERNAL

1/ La celebración de la Pasión y la fiesta de la Resurrección nos apremia a abrir la mente y examinar el corazón para escuchar la voz del Señor que nos invita a volver a El en novedad de vida, y a ser cada vez más sensibles a los sufrimientos de quienes nos rodean, con real sentido de conversión, pero al mismo tiempo con la segura esperanza cristiana de un tiempo mejor (cf. Juan Pablo II, Mensaje para la Cuaresma, 1990)

En un diálogo particularmente significativo del Evangelio, un hombre le pregunta a Jesús acerca del primer mandamiento de la ley de Dios. "Amarás a Dios con todo el corazón", responde el Señor, añadiendo el segundo "semejante al primero": "amarás a tu prójimo" (cf. Mt. 22, 39). El diálogo concluye con la parábola del buen samaritano con la cual Jesús completa su respuesta, ejemplifica su enseñanza y urge su cumplimiento. El buen samaritano se convierte así para cada generación en modelo de actitud cristiana, en un testigo sencillo y eficiente de la caridad, gracias a la cual el hombre adquiere "en herencia la vida eterna" (Lc. 10, 25)

Aquel samaritano encontró en el camino de su vida a un "hombre cualquiera", casi un enemigo. "Lo vio y tuvo compasión, ... le vendó las heridas... y cuidó de él" (Lc. 10, 33-34). Buen samaritano es todo hombre que se "detiene" junto al sufrimiento de otro hombre, de cualquier género que éste sea. Si Jesús que conocía el corazón humano, subraya esta "conmoción", quiere decir que ella es importante para toda nuestra actitud frente al sufrimiento ajeno. Por lo tanto, es necesario cultivar en nosotros mismos esa sensibilidad del corazón, que testimonia la compasión hacia el que sufre y que tantas veces es la única posible o principal mani-



festación de nuestro amor y solidaridad.

Pero el buen samaritano no se queda en la mera conmoción y compasión. Estas se convierten para él en estímulo para la acción. Por consiguiente, buen samaritano es en definitiva el que ofrece ayuda en el sufrimiento; ayuda, dentro de lo posible, eficaz. (cf. Salvifici Doloris 28)

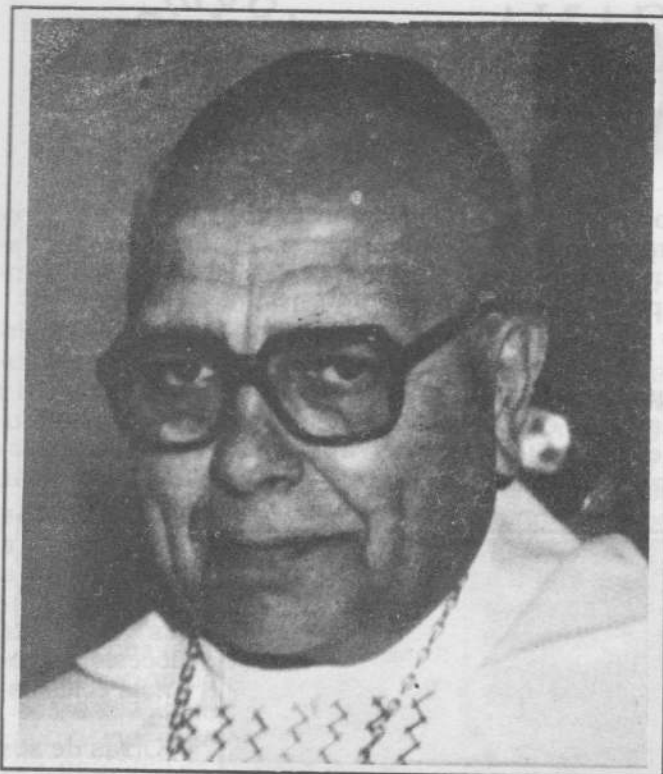
La parábola está en profunda armonía con aquellas exigentes palabras sobre el juicio final que Mateo ha recogido en su evangelio: "cuantas veces hiciste eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hiciste" (25, 40). Palabra de Jesús que indica sin ambigüedad cuán necesario es, en la perspectiva de la vida eterna de cada hombre, el "detenerse" junto al sufrimiento de su prójimo, "acercarse", tener "compasión" y finalmente, el "dar ayuda" como hizo el buen samaritano (cf. SD. 30)

2/ Esta escena evangélica tiene una particular actualidad para nosotros hoy. Todos somos conscientes del "grave momento por el que atravesamos, con riesgo evidente para la consistencia social de nuestra patria" (Cambiemos el corazón, 1). Ante todo, "hay hombres, mujeres, niños y ancianos que se encuentran en situación límite y su necesidad debe convertirse en un fuerte clamor para nuestras conciencias" (ibid., 5). ¡No podemos pasar con desinterés ante el sufrimiento ajeno, en nombre de una fundamental solidaridad humana, y mucho menos en nombre del amor al prójimo! ¡Debemos "detenernos", "conmovernos", "actuando" como el samaritano de la parábola evangélica!

"No es fácil hacer un análisis completo de la situación tan compleja de nuestra patria", han dicho recientemente los obispos argentinos, pero -añaden- "no podemos dejar de señalar otra vez que la crisis es fundamentalmente moral". Pobreza y sufrimiento nacidos, no de la escasez de recursos de nuestra patria, sino de la injusticia de personas, grupos o sectores; mecanismos económicos perversos, verdaderas estructuras de pecado, las cuales se fundan en pecados personales y, por consiguiente, están unidas siempre a actos concretos de las personas, con una insoslayable consecuencia social. Dichos pecados se manifiestan sobre todo en dos actitudes características e indisolublemente unidas: el afán de ganancia exclusiva y la insaciable sed de poder.

Ni el reconocimiento de nuestra crisis ni los medios para superar las presentes dificultades, pueden prescindir de esta dimensión moral esencial que nos permite comprender la raíz de los males que nos aquejan. Los obstáculos opuestos a nuestro justo crecimiento no son solamente de orden económico, sino que dependen mucho más de actitudes profundas del corazón. De allí la necesidad urgente de un CAMBIO en las actitudes espirituales que definen nuestras relaciones humanas. Para los cristianos, este cambio tiene un nombre preciso: CONVERSION

Dicha transformación personal conduce a la SOLIDARIDAD, a la determinación firme y perseverante de empeñarnos por el bien común, fundada en la sólida convicción de que lo que frena nuestro camino es el afán de ganancia, del confort inmoderado y la sed de poder político.



Tales actitudes y estructuras de pecado solamente se vencen -con la ayuda de la gracia divina- mediante una actitud diametralmente opuesta: la entrega por el bien del prójimo, que está dispuesto a dar la vida por el otro en lugar de explotarlo, y a "servirlo" en lugar de oprimirlo para el propio provecho. (cf. Sollicitudo rei socialis, 38)

De allí la importancia de avivar y acrecentar nuestra CONCIENCIA RELIGIOSA como pueblo y particularmente como dirigentes. Siempre es necesario inquietarse por aprender a servir. Esta solidaridad no puede tener bases sólidas sino bajo la conciencia de la paternidad de Dios que por Jesucristo funda toda fraternidad, recrea nuestros vínculos siempre necesitados de renovación y con su Espíritu urge nuestra caridad.

3 Con estas consideraciones nacidas de una reflexión sacerdotal, deseo iluminar y alentar seriamente las múltiples iniciativas de solidaridad concretadas en nuestra diócesis. Al mismo tiempo y por este medio, deseo hacer un nuevo llamamiento.

Que cada uno se examine para ver lo que ha hecho hasta aquí y lo que debería hacer en adelante. Las palabras no tendrán peso real si no van acompañadas en cada uno por una toma de conciencia más viva de su propia responsabilidad y de una acción efectiva. "Resulta demasiado fácil echar sobre los demás las responsabilidades de las injusticias si al mismo tiempo uno no se da cuenta de cómo está participando él mismo y cómo la conversión personal es necesaria en primer lugar" (Octogesima adveniens, 48)

Los laicos cordobeses, particularmente los dirigentes políticos, empresarios y sindicales, tienen una peculiar responsabilidad en esta hora. Hay que darse prisa. Entiéndase bien: la situación presente tiene que afrontarse valerosamente para vencer las injusticias que trae consigo. Esto exige transformaciones audaces y reformas urgentes, profundamente innovadoras. Cada uno debe

sentirse exigido por Dios y asumir generosamente su papel, sobre todo quienes por su educación, su situación y su poder tienen mayores posibilidades de acción (cf. Populorum Progressio, 32)

A los sacerdotes no nos compete dar respuestas técnicas a los problemas actuales, pero sí debemos ofrecer a nuestros hermanos con renovada fe y confianza, la riqueza de nuestro ministerio y gracia sacerdotal. Somos embajadores de Aquel que puede hacer mucho más de lo que podemos pensar o desear. Somos ministros de la reconciliación que vivifica, profetas de un Dios que acompaña y nunca abandona a su pueblo. Somos testigos de un amor que si es fielmente ofrecido y sinceramente acogido es capaz de suscitar la conversión de las personas y la transformación de las estructuras.

Todos debemos expresar con gestos concretos, como el buen samaritano, la fe que profesamos:

- Los días viernes deben recobrar e intensificar su carácter de penitencia, oración y solidaridad fraterna.
- La colecta dominical, unida a la ofrenda del pan en la celebración eucarística debe conservar, sobre todo en estas circunstancias su rico y originario significado: ofrecimiento de bienes para repartir a los pobres (cf. 2Co. 8-9)
- En cada comunidad parroquial, Cáritas no puede ser una simple estructura o responsabilidad de algunos, sino expresión concreta, pequeña o grande, de la obligación de caridad cristiana de todos.
- Está a nuestro alcance el comprometernos a evitar todo derroche público o privado, toda ostentación personal o social, incluso la de ciertas celebraciones litúrgicas.
- 4 En los relatos evangélicos de la Pasión que leeremos estos días encontramos el gesto más elocuente de solidaridad. Dios todopoderoso que en su grandeza trasciende totalmente a los hombres, por amor, por solidaridad, se hace hombre y acepta la muerte y muerte de cruz (cf. Flp. 2,8). Jesucristo es el Buen Samaritano que "pasó haciendo el bien" (Hch. 10,38), sobre todo ante el sufrimiento humano.

Volvemos una vez más nuestra mirada a aquella Mujer que "Dios quiso estuviera junto al Hijo moribundo para participar de sus dolores, para que inspirándonos en ella, también nosotros permanezcamos junto a tantos hermanos que sufren, para llevarles amor y consuelo" (María junto a la cruz, V viernes de cuaresma, oración colecta).

Así, al compartir piadosamente las exigencias de la Pasión, celebraremos la Pascua en la esperanza cierta no sólo de la resurrección futura, sino también de la pronta bendición de Dios devolviéndonos el bienestar de nuestra comunidad.

Este es mi sincero augurio personal.

Córdoba, 6 de abril de 1990, en la celebración de María junto a la Cruz.



+ Raúl Primatesta